

La lucha del poder católico y el nacionalismo en *La hija del judío* de Justo Sierra O'Reilly

Sofía De la Lanza
Texas State University

Justo Sierra O'Reilly en su novela *La hija del judío* incluye diferentes autoridades religiosas como personajes principales, quienes más allá de ser un ejemplo de fe y virtud son un modelo de pecado y vicio. Estos representantes de la Iglesia católica, arrastrados por el poder y la ambición, pelean incansablemente para obtener propiedades de tierra y dinero que no les corresponden. La lucha jerárquica y de poder entre autoridades religiosas no fue algo inusual en la época colonial del siglo XVII. Con frecuencia, el clero secular, formado por la ordenación de padres jesuitas y otras denominaciones religiosas, se contraponía con los ideales del clero regular que estaba organizado por los eclesiásticos mandados por la Iglesia Católica Apostólica Romana. Los conflictos de intereses que daban ocasión a la corrupción fueron un hecho histórico importante que el autor pudo captar con precisión en su novela. Sin embargo, se infiere que los motivos del autor no sólo eran los de plasmar con exactitud la realidad política y social de Yucatán durante la Colonia, sino más bien el de utilizar aquel cuadro de inestabilidad y corrupción político-religiosa que le pertenecía a una provincia gobernada por una Corona distante, para reflejar la situación política y social de Yucatán del siglo XIX, quien pertenecía, ahora, a una nación emergente, desorganizada y con tendencias conservadoras. Así pues, es mediante la influencia nacionalista mexicana del siglo XIX que Sierra O'Reilly recuerda la corrupción política-religiosa del pasado con el propósito de perfeccionar y consolidar a Yucatán como una nación independiente de México.

La hija del judío examina las luchas de poder entre los religiosos coloniales y lo plasma en un contexto que incluye a un México naciente, lleno de revueltas internas y amenazas extranjeras. Un México que va con la tendencia nacionalista de la época y que continúa con la búsqueda de ese espíritu de identidad propia que tanto anhelaban las jóvenes naciones latinoamericanas del siglo XIX. El presente estudio propone reconocer los poderes religiosos de *La hija del judío* durante la Colonia y el significado que éstos tuvieron en el México nacionalista del siglo XIX, considerando a la península Yucateca como escenario principal.

En la novela, Sierra O'Reilly crea a cinco religiosos importantes: el Deán, el Prepósito, el padre Noriega, el Obispo y el padre dominico, cada uno con cargos eclesiásticos diferentes, para describir la situación de poder y corrupción de la Colonia. Todos riñen por el poder y la obtención de intereses personales. Además, tienen como única intención "ganarse la simpatía de los gobernantes de Yucatán y disponer

de los capítulos eclesiásticos y capellanías en la provincia” (Cortés 144), y todo para su beneficio propio.

El Deán de la Santa Iglesia Catedral de Mérida y Comisario del Santo Tribunal de fe y el Obispo de Mérida trabajan conjuntamente para acusar, condenar y mandar a la Inquisición a Felipe Álvarez de Monsreal por ser judío y enviar a su hija María a un convento y así poder apropiarse de las tierras y bienes de Felipe. A lo largo de la historia, el Deán mantiene muy en claro que sus motivos para llevar a cabo tales actos contra Felipe y María son, además de esconder su participación con el corrupto Conde de Peñalva, la riqueza para sí mismo. En cambio, el Obispo menciona que sólo lo hace por seguir órdenes de funcionarios religiosos de mayor poder en la ciudad de México. Uno avaricioso y el otro endeble.

Por otro lado, el Preósito de la Compañía Sagrada de Jesús y Consultor Ordinario del Santo Oficio y su socio el padre Noriega, jesuita y director espiritual de Luis de Zubiaur trabajan en conjunto para prevenir que despojen a Felipe “el judío” de sus bienes y propiedades, sabiendo que posteriormente serían invertidas en la Compañía, y así pues, distribuirían la riqueza bajo su propio beneficio. El Preósito se disfraza de bondad y caridad cuando en realidad es el responsable de plantar intrigas y trampas entre sus contendientes. El padre Noriega peca de prudente al no detener los planes ambiciosos del Preósito y, al contrario, parece su fiel seguidor y cómplice. Además, se encarga de manipular a su antojo a don Luis de Zubiaur, dando como resultado uno de los planes que tiene con el Preósito: que don Luis se case con María.

El padre dominico, confesor y Secretario del Obispo es mandando por el Santo Oficio de la ciudad de México para investigar el caso del judío, sin embargo, actúa con sigilo y reserva

en la trama de la historia. Él observa y no es partidario de ningún bando, más bien sirve como instrumento para que el verdadero conflicto de intereses salga a la superficie y entonces enviarse en la riña. Tras observaciones del mismo, se deja convencer que el Preósito es la autoridad con mayor capacidad para manejar los bienes de Felipe y finalmente, participa en la misión del jesuita. Si bien es cierto que la voluntad del Preósito, aparentaba ser el menor de todos los males, sigue siendo un mal disfrazado de buenas intenciones, tanto que el autor, en paralipsis, menciona las injusticias y desgracias que los jesuitas constantemente provocaron.

Y por Dios, que nadie vaya a figurarse que abrigo la idea de hablar acerca de los padres jesuitas con la animosidad y encoro que emplean algunos escritores modernos, o los que tienen algún motivo particular de odio y malevolencia contra esta célebre y perseguida sociedad. No tal, porque si bien ella pudo ejercer en los consejos y en la conciencia de los príncipes fanáticos algún pernicioso influjo; si bien pudo mezclarse en algunas intrigas tenebrosas provocando así trastornos y disturbios —lo cual no seré yo quien lo niegue— y si, por último, su presencia y espíritu dominante pudieron preparar la ruina de algunos países. (I, 11)

En la novela, el conflicto de mayor importancia está centrado entre los jesuitas pertenecientes al clero secular y los funcionarios de la Catedral pertenecientes al clero regular, sobresaliendo específicamente la lucha de poder entre el Deán y el Preósito. Las organizaciones jerárquicas eclesiásticas, en este caso, son de mayor importancia que la razón principal por la que existen, es decir, su contenido de fe. La

iglesia católica es el instrumento portador por el cual se propaga la religión católica, símbolo de fe y de hermandad entre las personas. Sin embargo, la lucha por el poder y la jerarquía entre sus autoridades sobrepasa cualquier dogma religioso convirtiendo a sus religiosos en instrumentos de pecado. El Deán, además de su ambición por el dinero, constantemente se deja llevar por la ira cuando tiene desacuerdos con el Prepósito, “A veces se le agolpaba la sangre a la cabeza encendiéndole el color del rostro, y a veces palidecía como un cadáver. Todo ello mostraba los encontrados efectos de su ánimo” (I, 89). De la misma manera el Prepósito es la mente maquiavélica que cimienta engaños, intrigas y trampas y, que con su sobriedad extrema, hace rabiarse al Deán. El Prepósito tiene en su carácter lo que al Deán le falta, la virtud de la templanza, lo cual sabe y lo utiliza como arma letal en contra del segundo:

Yo no sé si el Prepósito se regocijaba de su triunfo; lo cierto es que había resuelto sacar de él todo el partido posible y que durante el intervalo de silencio que sobrevino, acabó de conocer sus ventajas sobre su adversario, lo cual si no le daba un aire ultrajante, al menos le hacía conservar todo su aplomo y sangre fría en aquella escena. (I, 89)

Esta actitud de superioridad del Prepósito es la que poco a poco va debilitando al Deán, hasta causarle la muerte.

Sierra O'Reilly demuestra que la religiosidad de ambas autoridades católicas es absurda en la novela. Un ejemplo muy claro se observa cuando el Deán se confiesa justo antes de haber descargado su ira contra las ideas malévolas del Prepósito. Su confesor lo absuelve y el Deán se retira. Horas después se encuentra de nuevo con

el Prepósito y comete el mismo pecado al dejarse llevar por el cólera que le provoca el jesuita. La confesión es un rito importante dentro de la religión católica que sirve para el perdón y el arrepentimiento. Es simplemente una actividad más que forma parte de la rutina y la apariencia de ser religioso. Sierra O'Reilly incluye estas descripciones detalladas de símbolos de gran valor religioso y los contrasta con actos de pecado para mostrar la incongruencia de los religiosos en aquél tiempo. Por ejemplo, la entrada hacia la cámara en donde se encuentran los archivos que explican la verdad acerca de Felipe Álvarez de Monsreal se encuentra detrás de una imagen de San Ignacio de Loyola, patrón de los jesuitas. Un santo es el que guarda esos archivos secretos que ayudarían a llevar a ciertos personajes a la corrupción y a luchar por el poder. Se observan también escenas en donde el Deán le reza a un Jesús quemado que trae el Obispo de Ichmal, lo que denota el deterioro de la fe y de la cristiandad corrupta que traen en su interior.

Justo Sierra O'Reilly en su novela refleja la realidad de la Iglesia y sus miembros durante la Colonia del siglo XVII, mostrándola como medio para la distribución de riquezas más que como instrumento de fe. Una de las razones por las que en la Nueva España existía tanta lucha por el poder entre los religiosos tuvo que ver con la ubicación geográfica del territorio. Las Colonias latinoamericanas se encontraban muy distantes del poder central en España, situación que favoreció los intereses personales y a la ambición de unos cuantos para que pudieran corromperse a su antojo. No es coincidencia que los jesuitas jueguen un papel importante en el desarrollo de la obra, si bien se sabe que tal denominación religiosa se encarga de la moralización y educación desinteresada de sus seguidores a través de la palabra de Dios, en *La hija del judío* se observa una organización

corrupta que solo está al tanto de la educación de los jóvenes por beneficio propio. Los jesuitas como denominación religiosa de San Ignacio de Loyola han tenido una vida tumultuosa desde sus inicios. Durante el Imperio español de Carlos III, a finales del siglo XVIII, los jesuitas fueron expulsados del reino español. Según se dice “había[n] hallado a los jesuitas culpables de haber instigado al populacho” (Mörner 1). Una vez expulsados, muchos de ellos viajaron a las Américas para conseguir mejores oportunidades. Así pues, con sus ideas “instigadoras” llegaron a la Nueva España a influenciar a los débiles.

Ahora bien, ¿Por qué, específicamente, quiere Justo Sierra presentar esta problemática de poderes del siglo XVII en 1848? Porque precisamente lo que se narra en *La hija del judío* es un reflejo de la situación real de Yucatán del siglo XIX. Es decir, al igual que los habitantes de la Nueva España muchas veces se sentían olvidados y alejados de la hegemonía española por tener a un gobierno absoluto tan lejos y como resultado, había mucha corrupción e injusticias entre los poderosos que habitaban la región de Yucatán. En los tiempos posteriores a la Independencia española, también se experimentaba ese alejamiento del gobierno central con base en la ciudad de México y que daba pie al mismo tipo de injusticias y corrupción. Por esta razón, los yucatecos no creían en la efectividad de tener un poder centralizado que estuviera todavía influido por la monarquía española y se inclinaron hacia la transformación de ese gobierno central por uno federal. Debido a que estas tendencias liberales no congeniaban para nada con los conservadores que tenían el poder, el descontento se propagó no sólo en el territorio yucateco sino en toda la península, la cual intentó independizarse de México.

Una vez entendida la situación que compartieron el Yucatán colonial y el Yucatán

de México se puede proseguir a estudiar el significado que tiene en el siglo XIX la lucha de poderes eclesiásticos narrada en *La hija del judío*. Después de la consumación de la independencia de México en 1821 y durante el primer Imperio mexicano en 1824, la religión católica continuó ejerciendo el control en el territorio independiente, cuando se formó el clero mexicano, la nación era joven y todavía no se asentaban en las cuestiones políticas-religiosas. No obstante, el catolicismo como dogma religioso, sirvió para unir a los mexicanos desde los comienzos independistas en 1810 hasta la formación de la primera Constitución mexicana.

La Iglesia se considera un legado fundamental e inalienable de la nación mexicana en todos los principales actos y documentos de la era independiente temprana, empezando por la apropiación de la virgen de Guadalupe por el cura Hidalgo, pasando por planes políticos de Morelos, Iturbide y la Constitución de 1824. (Lomnitz 183)

Posterior al primer Imperio mexicano, cuando México comenzó su primer período como República se trató de eliminar la influencia política que ejercía la Iglesia en el país, sin embargo, no se excluyó en su totalidad puesto que la Constitución de 1824 denominó al catolicismo como la religión oficial del país. Ahora bien, tomando en cuenta que la religión católica y la Iglesia como institución fue uno de los aspectos que unió a los mexicanos, Justo Sierra O'Reilly, tal vez, quiere transmitir en *La hija del judío* un sentimiento nacionalista entre su gente, no para que se unan como mexicanos sino como Yucatecos. Las tendencias conservadoras que incluían en todo aspecto a la

religión católica no iban de acuerdo con las ideas liberales de los de la Península Yucateca, por lo que continuaron buscando la independencia del gobierno mexicano.

Durante mediados del siglo XIX, las influencias nacionalistas estaban tomando fuerza; la nación mexicana siendo tan joven comenzaba a organizarse en todo aspecto, es decir, en lo político, social, económico, religioso y cultural. Sin embargo, como ya se había mencionado antes, al igual que los de la Península Yucateca querían independizarse, los que habitaban los territorios del norte del país: Texas, Nuevo México y Arizona también buscaban su independencia. En 1846, México se compromete en una guerra contra los Estados Unidos, quien reclama estos territorios y finalmente, el país se ve obligado a ceder las tierras a los estadounidenses. Otro suceso importante que unió a los mexicanos fue la Guerra de los Pasteles entre México y Francia en 1838-1839. Tras la experiencia de estas guerras, los mexicanos se unen y se crean lazos de solidaridad e identidad aún más fuertes. No obstante, todavía existieron sectores de la población, específicamente los más alejados del centro, como la Península Yucateca, que luchaban por encontrar otro sentido de identidad, uno más radical que los mantuviera independientes.

La novela hispanoamericana del siglo XIX se caracterizó por tener una ideología nacionalista que construyera las bases de identidad de las jóvenes naciones como México. Justo Sierra O'Reilly con *La hija del judío* no fue la excepción, Dice Benítez-Rojo que "La novela histórica a la Scott, sin embargo, dada su inclinación a construir romances fundacionales —como ha visto Doris Summer— y a ofrecer interpretaciones de los acontecimientos pasados (las raíces de la nación) desde una perspectiva moderna, fue un género predilecto de los

escritores hispanoamericanos" (190). Dada la época, la novela histórica vino por añadidura, puesto que las necesidades nacionalistas del momento lo predispusieron así.

La realidad que vive la Península, específicamente Yucatán, en la segunda mitad del siglo XIX es la misma que refleja Justo Sierra O'Reilly en la novela. Los yucatecos que desean separarse de México lo quieren hacer para gobernar Yucatán a su modo, es decir, utilizando una ideología liberal que distribuya y organice las riquezas de Yucatán de otra manera. Los mexicanos que no permiten que Yucatán se separe de México es porque no quieren perder más territorio y por lo consiguiente, poder, pues no hay que olvidar que la Península yucateca es un lugar que posee riquezas naturales y culturales inigualables que resultan fascinantes al extranjero. Ahora bien, puede ser que dentro de la población yucateca también haya existido intereses diferentes, unos favoreciendo a la clase alta, otros a los indígenas, e incluso otros que no estando informados del asunto no participaron en el conflicto. Así pues, de la misma manera es el conflicto de intereses evidente en *La hija del judío*, el Preósito quiere obtener las riquezas del judío para hacer uso de ellas en lo que a él más le conviene; la Compañía de Jesús y así se lo hace saber al Deán, "Usted tiene sus opiniones y proyectos; pero ni los unos ni las otras pueden combinarse con los míos" (I, 91). El Deán, por su parte, acostumbrado a despojar a los demás de sus bienes, intenta quedarse con las tierras para su propia riqueza: "Mientras no dejemos a la hija del judío en incapacidad de reclamar esos bienes, la Iglesia corre el inminente peligro de perderlos" (I, 60). El Obispo indiferente de lo que pasaba sólo cumplía órdenes dejándole todo el peso al Deán: "Encárguese usted de allanarlas. Yo no tengo aquí más intervención, que la de mi

autoridad para apoyar órdenes y disposiciones del Santo Tribunal” (I, 59).

El hecho de que Justo Sierra O'Reilly presente la problemática de una lucha por encontrar quién tiene el poder, quién gobierna y de qué forma se gobierna, representa las bases del nacionalismo mexicano que toman en cuenta el pasado para poder construir un futuro. Gutiérrez cita a Flores Cruz diciendo que “la conciencia nacional se logra ‘a través de un proceso de luchas, definiciones e indefiniciones, avances y retrocesos, en que los pueblos se elevan a la categoría de comunidades nacionales’” (15). Es decir, en *La hija del judío*, se está tratando de regresar a la vida colonial de Yucatán, entenderla y recoger los hechos que se están repitiendo en el Yucatán del siglo XIX y así encontrar una definición que incluya el carácter de su gente, sus costumbres, su política, su economía y su religión es decir, su idiosincrasia. Lo que se entiende a través de este impulso nacionalista del siglo XIX es que Yucatán se comienza a formar como un territorio liberal y que cree en su autonomía para gobernarse, pareciéndole México un explotador que sólo busca enriquecer sus propios intereses políticos y económicos.

La independencia de México, la lucha por el poder político entre liberales y conservadores, las amenazas extranjeras y la cuasi-separación de la península yucateca impulsó la conciencia mexicana y por ende el nacionalismo. Justo Sierra O'Reilly en *La hija del judío* mostró el pasado de una parte de México para entender su presente y así poder guiar un futuro. La lucha por el poder y la riqueza entre autoridades religiosas en la novela no es más que el reflejo del pasado en el presente, el recuerdo de lo que era y de lo que todavía continuaba siendo y el intento de la definición como nación para la consolidación del futuro.

Obras Citadas

- Benítez-Rojo, Antonio. “Nacionalismo y nacionalización en la novela hispanoamericana del siglo XIX”. *Revista de crítica literaria latinoamericana* XIX 38 (1993): 185-93. JSTOR. Internet. 2 oct. 2009.
- Cortés Campos, Rocío L. *La novela histórica de Justo Sierra O'Reilly: la literatura y el poder*. Mérida: Ediciones de la Universidad Autónoma de Yucatán, 2004. Impreso.
- Gutiérrez, León G. *El nacionalismo en la novela mexicana del siglo XIX*. Tesis. Universidad de Texas en Austin, 1998. Guadalajara: Secretaría de Cultura del Gobierno de Jalisco, 1998. Impreso.
- Lomnitz, Claudio. “Hacia una antropología de la nacionalidad mexicana”. *Revista Mexicana de Sociología* Vol. 55.2 (1993): 169-95. JSTOR. Internet. 2 oct. 2009.
- Mörner, Magnus. “Los motivos de la expulsión de los jesuitas del imperio español”. *Historia Mexicana* 16.1 (1966): 1-14. JSTOR. Internet. 10 dic. 2009.
- Sierra O'Reilly, Justo. *La hija del judío*. 3ra ed. Vol. I y II. México: Porrúa, 2008. Impreso.